

y está dominado por un orgullo superior al de Luzbel antes de su caída.

En este momento se oyó la campana del reloj del castillo que daba las once.

—¡Las once ya! — exclamó. — Querido Teodoro dispense usted si le he impedido que descansa cuando debía comprender que tenía usted necesidad de reposo. Cuando me he de separar de usted siento una opresión como si fuera la última vez que he de verle. Adiós, amigo mío; tal vez Alberto me esté buscando ya. Adiós.

Teodoro la condujo hasta la puerta donde se detuvo, siguiéndola durante algún tiempo con la vista.

Después permaneció un buen espacio como abismado en profundas reflexiones hasta que por fin se pasó la mano por la frente y se marchó á acostarse no sin haber depositado antes un beso sobre la frente del groon que seguía durmiendo.



VI

El siguiente día, Alberto se hizo anunciar en las habitaciones de Rosita, que todavía estaba en la cama.

—Que temprano amigo mío,—le dijo la joven al verle.—No acostumbras á hacerlo y bien vale esa galantería que te permita que me beses la mano.

Y sacó de entre la rica colcha de damasco guarnecida de encajes la mano más bonita y más pe-

queña que la mente puede imaginarse colocada al final de un brazo admirablemente torneado.

Alberto se apresuró á llevarla á sus labios diciendo:

—¿Y la otra? ¿Acaso no he de besar á su hermanita gemela?

—Pues ya lo creo. Nada más natural. Toma. No dirás que no soy complaciente.

Y sacó la otra mano que Alberto llevó igualmente hasta sus labios.

—Ya se que eres la gracia y la complacencia personificada y que merecías te alzarán templos de marmol blanco enmedio de bosques de mirtos. Tengo miedo de que no te suceda lo que á Psiquis y que Venus tenga celos de tí.

—Hola, hola,—dijo Rosa haciendo un gesto encantador.—Cualquiera diría que esa es una frase que te ha brotado del corazón.

—Como que vales lo bastante para que realmente brote del corazón esa palabra. Por supuesto que no debe sorprenderte toda vez que acostumbrada estás ya á escuchar madrigales de esa especie.

—Decididamente á tí te sucede algo extraordinario; para que estés tan galante es preciso que estés muy enfermo. Ya lo creo. Por Dios, no te vayas á morir. No lo tomes á broma; un cambio tan repentino de carácter y sin razón suficiente que lo justifique, es de mal augurio querido Alberto. Según opinión de todas las mujeres que se han tomado la pena de quererte, no tienes nada de amable y precisamente en este momento te muestras

tan amable y tan encantador que no puedo explicármelo. Y verdaderamente estás pálido. Dame, dame el brazo que quiero tomarte el pulso.

Y levantó la manga y se puso á contar las pulsaciones con una gravedad verdaderamente cómica.

—No,—prosiguió después,—estás muy bien y no tienes el más ligero síntoma de fiebre. En este caso yo debo estar verdaderamente hermosa esta mañana. Anda, traeme el espejo para que yo pueda juzgar si tu galantería tiene ó no razón de ser.

Alberto cogió del tocador un espejo de mano y lo puso sobre la cama.

—Verdaderamente,—dijo Rosita,—no estoy fea. ¿Por qué no haces un soneto á mis ojos, señor poeta? Que desgraciada soy, tener ojos como estos y un poeta como tú y carecer de sonetos como si yo fuera tuerta ó tuviese por amante un aguador. Vaya, no me quieres cuando no me has hecho ni un sencillo acróstico, ¿y mi boca como la encuentras? Mucho te he besado con ella y te besaré más todavía mi hermoso caballero y en verdad que este es un favor del que hoy eres competamente digno. Pero no hablemos más de mí. Hoy tienes una belleza y una frescura incomparables. Pareces un hermano de la Aurora y aun cuando todavía es muy temprano te veo vestido como para un baile. Acaso tienes algunos designios respecto á mí y pretendes dar un asalto á mi virtud. Quieres hacer mi conquista. Necia,—prosiguió la joven haciendo una mueca deliciosa,—había olvidado que esto pertenece ya á la historia antigua.

—No te burles así Rosa, ya sabes que te amo.

—Según y conforme. No lo sé muy bien ¿y tú?

—Perfectamente. En términos que si tuvieras la bondad de prohibir que aquí entrase nadie, trataría de probártelo y sin que sea presunción, me parece que habías de quedar convencida.

—No por cierto. Por más que tengo deseos de convencerme, la puerta quedará franca para todo el mundo. Soy demasiado bella para serlo á puerta cerrada. El sol brilla para todo el mundo y yo haré hoy como el sol, si te parece bien.

—Puedo asegurarte que me parece bastante mal, pero no hagas caso. Soy tu esclavo y mi voluntad queda sujeta á la tuya.

—Bravísimo. Persiste en tus buenas disposiciones y esta noche deja puesta la llave en la puerta de tu habitación.

En este instante, le fué anunciada á Rosa la visita de Teodoro de Serannes, que deseaba ofrecer sus respetos á la dueña del castillo.

—Puede pasar ese caballero,—dijo Rosa subiendo la colcha de la cama hasta la barba.

Teodoro se aproximó al lecho, se inclinó graciosamente ante la joven le correspondió afablemente, y después el recién llegado saludó á su vez á Alberto diciendo:

—Siento haber interrumpido una conversación tal vez interesante. Continúen ustedes.

—¡Oh! no por cierto,—repuso Rosa con una maliciosa sonrisa;—hablábamos de negocios.

Teodoro se sentó á los pies de la cama porque Al-

berto ocupaba la silla de la cabecera, y entonces dió comienzo una de esas conversaciones llenas de gracia y de delicadeza, verdadero fuego graneado de ingeniosidades, de agudezas y de talento.

Si Alberto se había presentado tan de mañana en la habitación de Rosa, tiene esto su explicación en un ligero impulso de celos que sintió desde que vió á Teodoro.

No queremos decir por esto que amase á Rosa ni que dejara de desear verse libre de ella.

Pero quería dejarla él mismo, no que otro se la quitase.

Así que al presentarse en la estancia de la joven, iba resuelto, si por casualidad se encontraba allí á Teodoro, á hablarle secamente.

Pero al cabo de media hora, de tal modo había cambiado la situación, que oyéndoles hablar cualquiera habría creído que se trataba de dos amigos de la infancia.

Alberto creyó positivamente que si Rosa pudiera llegar á querer otro hombre que no fuese él, este hombre sería Teodoro; pero por el momento no juzgó que corría ningún peligro.

De otro modo hubiera pensado si hubiera podido prevenir la escena de la noche anterior.

Mas como no sucedió así, quedóse tan tranquilo y tan convencido.

—¿Qué hacemos hoy, Teodoro?—dijo Rosita;—¿vamos á hacer una excursión acuática ó nos vamos de caza?

—Prefiero la caza. ¿No opina usted lo mismo, Alberto?

—Más me agradaría recorrer en el bote el riachuelo que va serpenteando por estos contornos, pero donde ustedes vayan iré yo también. Por el momento,—prosiguió el joven,—lo primero que debemos hacer es dejar sola á Rosita para que se levante y se vista.

La joven asintió á ello, llamó á sus camareras y los dos caballeros salieron de la estancia.

Pronto estuvieron todos listos; cuando Rosa apareció en la escalinata que daba al jardín, ya estaban á caballo Alberto y Teodoro.

La joven saltó sobre la silla con su ligereza habitual, fustigó á su caballo que partió como una flecha, Alberto hizo lo mismo y Teodoro les dejó avanzar, con la seguridad sin duda de reunirse con ellos cuando quisiera.

Su mirada se dirigia hacia el castillo como si esperase á alguien, y así era efectivamente, puesto que á poco se reunía con él su pequeño groom.

—Vamos, Teodoro,—le gritó Rosa,—parece que va usted montado en un caballo de madera.

El interpelado excitó un poco su cabalgadura; pero todavía no salvó por completo la distancia que le separaba de sus amigos.

Otra vez volvió Rosa á gritarle:

—¡Vamos! aplique usted las espuelas á esa tortuga y venga á nuestro lado.

Teodoro soltó la brida á su caballo y en algunos segundos se adelantó mucho á sus compañeros.

—Quien me ame que me siga,—dijo saltando una barrera de cuatro pies de altura.—Vamos, señor poeta,—prosiguió desde el lado opuesto,—¿no salta usted?

—Prefiero dar la vuelta,—repuso Alberto sonriendo.—No tengo más que una cabeza que romperme; si tuviera varias lo ensayaría.

—Vamos, ya veo que no me quiere nadie, cuando nadie me ha seguido,—dijo Teodoro frunciendo el entrecejo.

El groom fijó en él sus grandes ojos azules con expresión de reproche y aplicó las espuelas al caballo, el cual dió un salto y pasó al otro lado de la valla.

—Sí, señor,—dijo el niño.—Hay alguien que le quiere.

Rosita dirigió al groom una mirada de expresión indefinible y á su vez franqueó la barrera de un salto.

—¿Y ahora, Teodoro, cree usted que yo no le quiero?

El muchacho la dirigió una mirada de singular expresión y resueltamente fué á aproximarse al lado de su amo.

Alberto no se hizo cargo de nada de esto, porque desde tiempo inmemorial ya se sabe que los pa-

dres, los maridos y los amantes son los que menos ven.

—Isnavel,—dijo Teodoro al groom—eres un loco, y usted, Rosita, una loca. Con mucha facilidad pudiera usted haber tenido una desgracia.

—¡Qué hubiera importado!—replicó Rosa con un acento tan triste y melancólico, que Isnavel le perdonó el que hubiera saltado también la barrera.

Siguieron juntos un largo espacio hasta llegar el punto de reunión de los picadores y de los demás concurrentes á la cacería.

Establecidas los puestos, cada uno fué á ocupar el suyo y la cacería dió comienzo.

Los ladridos de los perros resonaban por doquiera, y el ciervo iba formando caprichosos zigs zags seguido por las jaurías.

Teodoro, como el mejor montador y quizás el mejor cazador, se lanzó á la cacería con un ardor extraordinario.

Alberto le siguió de cerca, y Rosita y el groom iban siguiéndoles aun cuando á alguna distancia.

Así anduvieron un buen trozo, hasta que Rosa dijo:

—Si nos detuviéramos un poco, podríamos dejar que descansaran los caballos. La caza parece que se dirige hacia el estanque y yo sé un camino de travesía por el cual llegaremos casi al mismo tiempo que ellos.

Isnavel tiró de la brida á su corcel, que se detuvo vivamente.

Después de un breve espacio de descanso, dijo Rosa:

—Si pudiéramos reunirnos con el resto de la comitiva... Los caballos han descansado un poco y podríamos en breve tiempo alcanzarles.

—Vamos.—respondió el groom lanzando á galope su caballo por un estrecho camino transversal que conducía al sitio donde se escuchaba el rumor de la cacería.

Los dos caballos corrían á la par ocupando todo el ancho del camino.

Por el lado donde iba Isnavel había un árbol medio torcido y nudoso, una de cuyas ramas gruesas como un brazo se extendía por lo ancho del camino como si pretendiera impedir el paso á los que tan descuidadamente avanzaban.

—Cuidado, niño,—le dijo Rosa,—baje usted la cabeza, que si no...

Pero el aviso ya llegó tarde; la rama fué á chocar con el cuerpo del groom que perdió los estribos mientras el caballo continuaba su desenfundada carrera.

El pobre niño se había desmayado y tendido estaba sin movimiento á corta distancia de Rosa.

Esta, sobrecogida de espanto, se tiró del caballo y se aproximó á Isnavel.

La gorra había ido á larga distancia y los rubios cabellos del lacayito caían por todas partes.

Rosita recogió un poco de agua de la que había en el hueco de una roca, procedente de lluvias anteriores, y la sacudió sobre el rostro de Isnavel, que no hizo movimiento alguno.

Rosita creyó que el traje que llevaba el niño po-

dría impedirle la facilidad de respirar, quitó el cinturón, desabrochó la levitilla y entreabrió una camisa para que su pecho pudiera respirar con más libertad.

Entonces vió Rosita algo que para un hombre habría sido la más agradable de las sorpresas, pero que á ella no debió parecerle lo mismo, porque frunció el entrecejo y su labio superior tembló ligeramente.

Lo que acababa de ver Rosa era una garganta y un pecho poco formado todavía, pero que hacía ya las más admirables promesas; garganta y pecho blanco, finísimo, delicioso de ver y más delicioso para besar.

—¡Una mujer!—murmuró.—No se porta mal Teodoro.

Isnavel, y le conservaremos este nombre aun cuando no sea el suyo comenzó á respirar un poco y entreabrió lánguidamente sus párpados.

No tenía ninguna herida y únicamente estaba aturdido por el golpe, así fué que al cabo de un rato pudo ponerse de pie, buscar su caballo que sin su jinete se había detenido á no muy larga distancia, y despacito fueron dirigiéndose hacia el lugar donde se hallaban los cazadores.

Cuando Teodoro escuchó de labios de Rosa lo que había pasado, cambió muchas veces de color, y durante el resto del camino no separó su caballo del de su groom.

No tardaron en regresar al castillo y aquella jornada, que había empezado tan alegremente, terminó bastante triste y silenciosa.

Rosita estaba distraída y Alberto parecía encontrarse absorto en profundas reflexiones. La siguiente carta del joven dirigida á su amigo Silvio, el mismo á quien estaban dirigidas las que constituyen las primeras páginas de nuestro libro, podrán dar alguna explicación respecto á la preocupación que hemos indicado.

